

Publicado en *La Provincia* (Las Palmas de Gran Canaria) el 1 de enero de 1998.

UN CAMPEONATO DE BERTSOLARIS

Maximiano Trapero

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

El día había amanecido claro, aunque aún está frío. Al sol, empieza a calentar un poquito, pero, en la sombra, las zonas de césped aparecen con escarcha. Son las diez de la mañana y un suceder de gentes cada vez más numeroso va en dirección al Velódromo de Anoeta, en grupos dispersos, pero en grupos: dos, cuatro, diez... Son de todas las edades, pero hay una gran abundancia de jóvenes, incluso muchos niños con sus padres, y chicos y chicas adolescentes; predominan los hombres pero van también muchas mujeres. Van todos bien abrigados, como a un lugar que necesita del abrigo, y de entre los jóvenes no son pocos los que llevan una pequeña mochila, como quien va de campo a pasar el día y lleva el bocadillo para resolver la comida. Pero van todos a un campeonato de bertsolaris.

Es San Sebastián, domingo 14 de diciembre de 1997, y se celebra en el Velódromo de Anoeta, un recinto acondicionado para la ocasión con más de 8.000 asientos. Es la final del Campeonato de Bertsolaris de Euskal Herria, que se celebra cada cuatro años. Un verdadero acontecimiento. Los organizadores me han dicho que se han vendido todas las entradas y la gente quiere estar en su sitio antes de comenzar el acto para no perderse ni un verso. La gente de San Sebastián y de todo el País Vasco sabe muy bien del Campeonato y la prensa del día lo anuncia, sin excepción, convenientemente, desde la primera página. Algunos periódicos, incluso, le dedican al acontecimiento todas las páginas centrales de su cuadernillo dominical con verdadero alarde de publicidad.

A medida que nos acercamos al Velódromo los grupos de gentes que antes iban dispersos están ya en una fila amontonada esperando la entrada. Chicos y chicas reparten propaganda de variado signo. La que más se reparte trae los nombres de los ocho bertsolaris finalistas del Campeonato con notas y un *bertso* —una estrofa— de cada uno de ellos, todo escrito en euskera. Sus nombres nada dicen a quienes nada conocen del bertsolarismo, pero se advierte que todos ellos tienen nombres y apellidos vascos: Andoni Egaña, Unai Iturriaga, Jesus Mari Irazu, Mikel Mendizábal, Sebastian Lizaso, Aritz Lopategui, Jon Maia y Maialen Lujambio. Sin embargo, para los aficionados y el público en general, cada uno de ellos es una figura. Antes han tenido que ganar en las eliminatorias previas, por provincias, en una concurrencísima competición a la que se han presentado más de 200 bertsolaris. En los alrededores del Velódromo empiezan a verse carteles con el nombre de cada uno de los contendientes con expresiones de ¡Aupa! y otras parecidas entre signos de admiración, que interpretamos como gritos de ánimo y de apoyo a sus respectivos favoritos. Allí están también los camiones de la televisión y de las emisoras de radio con un marasco de cables por todo el recinto, como ocurre en los grandes acontecimientos. Lo que se adivina por el movimiento del exterior parece digno de ser visto.

La primera visión del interior resulta impresionante. El recinto, gigantesco; las gradas no están aún al completo, pero sí lo suficientemente llenas como para asustar; las que sí están ya ocupadas son las sillas de la parte baja del Velódromo. El escenario aparece iluminado y espectacular, en el centro de un lateral, con una enorme reproducción del cartel que ha servido para anunciar el Campeonato, lleno de micrófonos y adornado en sus extremos de grandes flores de pascua, rojas y blancas. Detrás, una gigantesca cortina negra que lo separa de las gradas traseras; encima, un enorme tinglado de luces y

altavoces por los que sale ahora música tradicional vasca. Han instalado incluso una pantalla gigante para poder apreciar los primeros planos de los bertsolaris en su actuación. Distribuidas por todo el recinto, cámaras y cámaras de televisión, una fijas y otras con grandes brazos móviles: se va a retransmitir el Campeonato en directo por el canal autonómico de ETB. En el centro de la parte baja están las emisoras de radio y los periodistas destacados, ocupando tres largas filas de mesas, con cascos de auriculares y grandes micrófonos. Por aquí y por allí, muchos fotógrafos con cámaras de objetivos super. La parte más alta de las gradas está llena de grandes carteles con los nombres de los bertsolaris favoritos: «Egaña Bigarrenai Bost Baitz», «Irazu - Maialen Ofizio Lanean», «Aupa Andoni», «Aupa Beltza», «Maialen Txapeldun»...

Una cosa así, con tal despliegue de medios, que ha despertado tal interés en tal masa de gentes no puede ser un espectáculo anodino. Ni siquiera cotidiano. Porque no es un partido de fútbol, ni un concierto de rock, ni se celebra un mitin político. Es un campeonato de bertsolaris, es decir, ¡de poetas!, aunque su poesía sea improvisada.

Del fenómeno del bertsolarismo tenía yo referencias indirectas, pero nunca lo había visto en vivo, ni podía imaginar la implantación social que ahora compruebo que tiene. Como en tantos otros lugares del mundo, y aún del mundo hispánico, también en Euskadi existe una modalidad de poesía improvisada, como en Las Alpujarras y Murcia tienen el *trovo*, en Baleares la *glosa*, en Galicia la *regueifa*, en Canarias el *punto cubano*, y en México, Cuba, Puerto Rico, Venezuela y en general en toda Hispanoamérica la *décima*. Todo parece indicar que el fenómeno del bertsolarismo participa de unas leyes que son universales, por más que cada una de estas manifestaciones populares sean particulares en sí mismas. Y el bertsolarismo más, porque se fundamenta en una lengua tan distinta como es el euskera, en una cultura también tan diferenciada como es la vasca y con unas connotaciones ideológicas particulares, al menos en la actualidad. Toda consideración que se haga sobre el bertsolarismo, incluso desde la perspectiva de su implantación social, debe tener estas tres premisas en cuenta, porque si no, no se explica un espectáculo como el que nosotros estamos viendo ahora. ¿Cuándo y en qué lugar se reúnen más de ocho mil personas para estar oyendo versos durante más de ocho horas?

Sabemos que estamos ante un Campeonato y que éste no es la modalidad natural del bertsolarismo, como no lo es de ninguna otra manifestación de poesía improvisada. Ésta se muestra por lo general espontánea, o con una mínima organización, siendo siempre una actividad festiva y popular, sin demasiadas reglas que la restrinjan. Un campeonato, por el contrario, busca un ganador y para ello hay que establecer unos mecanismos de prueba, de competencia, unas dificultades programadas y un complejo baremo de calificación. En otros lugares no sería concebible un campeonato de poetas improvisadores, a lo más una controversia entre dos, pero ya sabemos la afición de los vascos por las competiciones. El campeón se convierte en una figura muy popular y estimada, en un verdadero líder: sus compañeros bertsolaris lo admiran y lo respetan, los niños le piden autógrafos, los ayuntamientos y las comisiones de fiestas de los pueblos lo solicitan más que a nadie para actuar en sus programas, las instituciones del País Vasco lo llaman de continuo para que represente a la cultura vasca dentro y fuera de sus fronteras, etc. Un campeón de bertsolaris entra en la historia de la cultura vasca. Y esa historia ha empezado a escribirse con mucho detalle: las listas de campeonatos y de campeones de bertsolaris del siglo XX se la saben ya muchos niños vascos mejor que la lista de los reyes godos, seguro.

El acto va a comenzar. Un presentador experto en el tema llama a los bertsolaris, que suben al escenario entre los aplausos cerrados y unánimes del público. Son ocho, todos ellos jóvenes, algunos muy jóvenes, y hay una chica, la primera mujer que llega a una final en un Campeonato de bertsolaris; de los ocho, siete son universitarios, cuatro de ellos ya licenciados. Todo ello marca una nueva sociología del bertsolarismo. La lengua con la que el presentador habla y con la que los bertsolaris van a cantar es el euskera, ni una palabra en castellano, así que la organización del evento ha dispuesto un sistema de

traducción simultánea para quienes no hablamos esa lengua y hemos sido invitados.

El presentador lee las reglas de la competición: habrá dos sesiones, una de mañana y otra de tarde; en cada una de ellas cada bertsolari tendrá que someterse a distintas pruebas, unas individuales y otras en controversia con sus compañeros; el orden de actuación y la confrontación entre ellos los decide un sorteo; los temas que en cada prueba deberá cantar cada bertsolari salen al azar de entre una bandeja de sobres cerrados que los contienen, elaborados previamente por una comisión de expertos y aficionados; un jurado igualmente de expertos y aficionados calificará cada *bertso*, cada estrofa cantada; se tendrán en cuenta la métrica, la dificultad de rimas, el lenguaje, la música, el ingenio, la rapidez en la respuesta, la originalidad del pensamiento, la poesía. Al final, quien mayor puntuación alcance será proclamado Campeón y recibirá por premio mayor una txapela, la «Bertsolari Txapelketa 1997», el galardón máspreciado para cualquier bertsolari.

Empiezan los bertsolaris, uno a uno, con un *bertso*, una estrofa de presentación. Se sitúan frente al micrófono, hieráticos, las manos atrás o en los bolsillos, y cantan. No hay instrumentación ninguna, sólo la voz del bertsolari, el ritmo muy lento, las palabras bien marcadas, casi silabeando, la melodía muy bella, la voz de todos ellos es potente, clara, bien timbrada, hermosa. Cada bertsolari elige la música que quiere para acomodarla a la métrica del *bertso* que va a cantar, y puesto que las estrofas pueden tener una gran variedad, las melodías pueden ser innumerables. Existe un fondo tradicional de melodías utilizadas para los *bertsos*, pero cada bertsolari las recrea y acomoda a su gusto. Con todo, la música de los bertsolaris suena a música tradicional vasca. Y el público, que ha seguido embelesado cada uno de los versos cantados por el bertsolari, llegado el final de la estrofa, repite el último verso junto al bertsolari, coreándolo y aplaudiendo al mismo tiempo. Esta es la única manifestación externa del público: repetir y corear junto al bertsolari los últimos versos de cada *bertso*, de cada estrofa, y aplaudir con mayor o menor fuerza según el gusto que le haya causado. En el resto, el público permanece en silencio absoluto, absorto en la actuación del bertsolari. ¡Qué diferencia de comportamiento entre éste y el público que asiste a otras manifestaciones de poesía improvisada, el cubano, por ejemplo, en una *canturía*, que habla, ríe, jalea al poeta, discute y grita! Aquello parece una fiesta, esto tiene ceremonia de liturgia; la décima se produce en un ambiente folclórico, sin reglas, el *bertso* en un ambiente de ceremonia. Apenas si veo comentar nada entre el público, entre los que han venido juntos, marido y mujer, padres y niños, jóvenes en grupo, si acaso una sonrisa de aprobación y una frase corta de valoración. Por lo demás, la comunicación existe al máximo nivel, pero sólo entre el bertsolari que canta y cada uno de los asistentes, no entre el público. ¡Qué curioso comportamiento de seriedad en un acto que es también folclórico, en el mejor de los sentidos!

El público que veo en Anoeta ha venido motivado y se muestra muy entendido. Me asombran la atención máxima y el respeto con que el público escucha la actuación de cada bertsolari; y me llama mucho la atención la repetición coreada que el público hace del último verso, como si lo hubiera adivinado, mejor aún, como si el poeta no pudiera acabar su estrofa sino con el verso que la acaba. Y en ese único momento se produce la descarga de toda la emoción contenida.

Por lo que vamos intuyendo, por la traducción que nos hacen de cada estrofa, por las circunstancias que en ella concurren y por las reacciones del público, el arte de los bertsolaris descansa más en la argumentación que en la floritura de cada verso, de ahí que haya que esperar el final de cada estrofa para percibir en plenitud los logros poéticos de la improvisación. Los temas que se les proponen exigen una sensibilidad de poeta, pero no menos de razonamiento lógico, argumentativo, más valiosos en cuanto más original y sorprendente sea. La respuesta que dio Jon Maia al tema que le tocó en suerte, la reacción de un padre que encuentra una carta de amor a su hija de 12 años, fue, sin duda, bella, emotiva y original: «Sigue, hija, inténtalo, el amor es lo más hermoso del mundo», y por eso se llevó la ovación más cerrada del Campeonato. Pero no menos interesante fue la respuesta que Andoni Egaña

ofreció al tema que le tocó a él, por muy prosaico y verdulero que parezca en su formulación: «Has ido al mercado a comprar una docena de puerros, has regateado 10 pesetas en la compra y en casa compruebas que son unos hermosos puerros». ¿Qué de poético se puede decir, así, de manera improvisada y en verso, y además cantando, por mucha sensibilidad poética que uno tenga? Y sin embargo, Andoni, por lo gran bertsolari que es, le sacó todo el jugo poético que una docena de puerros pueda tener, aunque ese jugo tuviera que resultar necesariamente irónico.

Ocho horas y media duró el Campeonato, con un descanso intermedio de dos horas para comer. ¡Ocho horas oyendo versos! Cierto que el formato de un campeonato mantiene el interés hasta el final por saber el resultado de la competición, pero yo no advertí en ningún momento rostros de cansancio, ni manifestación de desgana, ni expresiones de hartura; al contrario, lo que vi fue un entusiasmo permanente, una atención contagiosa, el ensimismamiento colectivo que sólo producen los ritos de las religiones en las que se cree.

El ganador, por segundo campeonato consecutivo: Andoni Egaña, de 36 años, de Zarautz (Guipúzcoa), licenciado en Filología Vasca, hombre, pues, culto, de una fina ironía, dominador como pocos de los complejos recursos de la métrica del bertsolarismo. En él está bien representado el cambio sustancial que se ha producido en la poética del bertsolarismo en los últimos tiempos.

Una cosa me llamó poderosamente la atención y me ha hecho pensar. Tres días antes, el 11 de diciembre, ETA había asesinado a un Concejal del PP en Rentería. Y el día anterior, el 13, una impresionante multitud de más de cien mil personas se había manifestado por las calles de San Sebastián en contra del terrorismo. Pues hoy, día 14, en ocho horas de poesía improvisada, no oí ni un solo verso que se refiriera expresamente a esos dos acontecimientos, ni siquiera en alusión.

Yo aprendí mucho en el Campeonato de Bertsolaris de San Sebastián; supe más, mucho más, de la técnica del bertsolarismo, de sus formas de manifestarse, de la poética en la que se asienta, de las grandes diferencias que existen con otros tipos de poesía improvisada, etc.; pero supe además del apoyo que el pueblo vasco brinda al bertsolarismo, de la importancia que este fenómeno tiene en la vida social del País Vasco, de lo que tiene de esencia de una cultura autóctona, incluso de la ideología que se expresa a través de la voz de los bertsolaris. Y supe de la impresionante estructura organizativa que lo sustenta, con una Asociación de Bertsolaris, la Euskal Herriko Bertsozale Elkarte, que está desarrollando una labor verdaderamente encomiable, sin comparación posible con ninguna otra de los lugares y países en los que se practica el maravilloso arte de la poesía improvisada. Y pensé, de nuevo, con Yehudi Menuhin, que la civilización no es sólo coches y rascacielos, que la civilización, la verdadera civilización está allí donde un pueblo se reúne para cantar versos en su propia lengua.